

aquel semblante de muerte sobre el cual no brillaba mas que la esperanza en otra vida, levantarse é inclinar la cabeza aquel bello y desdenoso coloso, marcado con el sello distintivo del suicidio.



## VIII

## EL OCÉANO AMARILLO

**L**EGANDO á este punto, me encuentro sobre la cubierta de la carta de Berghaus, en la cual todos los días apuntaba algún recuerdo, las palabras: «11° día; golpe apoplético espiritual.» Y me viene á las mientes un hecho psicológico singular, que experimenté aquel día, y que temprano ó tarde, en una larga travesía, ocurre á todos, creo, una vez pasada ya la novedad primera de la vida á bordo. Una hermosa mañana, al subir por primera vez sobre cubierta, cae sobre vuestra alma un aburrimiento inesperado, como una maza descargada sobre la nuca: una palidez repentina en todo, un disgusto inexplicable de aquella vida y de aquel espectáculo, el sentimiento de ahogo de quien,

durmiéndose al aire libre, se despertara con las muñecas atadas, bajo las bóvedas de una prisión. En tal estado creéis estar navegando desde tiempo inmemorial, como los pasajeros del barco fantástico de Edgardo Poe; y la idea de tener que pasar todavía dos semanas sobre aquellas cuatro tablas y entre aquellas gentes que perecen de tedio, os aterra. No, no es posible resistir tanto; antes de llegar le acometerá á uno una enfermedad cerebral extraña, no conocida hasta hoy. ¡Dios eterno! ¡Cómo librarse de aquel suplicio! ¡Escribir! Pero el barco, como otros han dicho ya, hiere al escritor en una de sus facultades más delicadas, que es el sentimiento de la armonía: el rumor de la hélice le hace repetir veinte veces en una página la misma palabra. ¿Leer? ¡Pero si para obligaros á escribir habéis metido todos los libros en los baúles destinados á la cala! Seriamente, se os ocurre tomar un narcótico, ó intentáis entonces con cognac, ó hacer la experiencia del genovés con el émbolo de la máquina. ¡Oh! ¡quién pudiera encontrar algo nuevo! ¡Cien pesetas por el *Correo Mercantil* de esta mañana! ¡Una libra de sangre por una isla! Una revolución á bordo, una tempestad, el mundo en universal convulsión, algo en suma con tal de salir de este horrible estado, al menos por un solo día!

\*  
\* \*

Presentábase el mar aquella mañana en uno de sus aspectos más feos y más odiosos: inmóvil, bajo una bóveda baja de nubes hinchadas é inertes; de color amarillento sucio, con una apariencia viscosa, como si todo él fuese cieno, fango, lodo, tierras grasientas en las cuales un arpón de pesca hubiera de quedar clavado como una estaquilla en cola; parecía que no habría peces que pudieran deslizarse, y si sólo bestias deformes é inmundas de aquel mismo color. Quizá presentan un aspecto semejante las llanuras de la región occidental del mar Caspio cuando están cubiertas por las erupciones de los volcanes de fango. Si fuese verdad que este inmenso mar, salado como la sangre, y dotado de una circulación, de un pulso y de un corazón, no es un elemento inorgánico, sino un desmesurado animal vivo y que piensa, hubiera dicho aquella mañana que revolvía en su mente los más disparatados pensamientos, delirando en un estado de sopor como un bruto embriagado. Pero ni siquiera hacía surgir la idea de la vida, una ráfaga de viento, ni una contracción, ni una arruga en su superficie. Era la imagen de aquel rincón del Océano desierto,

por mucho tiempo inexplorado, que se extiende entre la corriente de Humboldt y la que va en contra de ella por el centro del Pacífico, colocado fuera de las grandes vías de navegación, donde no se ve ni vela, ni ballena, ni gaviota, ni alción; de cuyos confines todo huye y todo indicio de vida desaparece; y si el viento y la tempestad arrojan á él alguna vez un barco perdido, parécete á los navegantes que han caído en aguas de un mundo muerto.

\*  
\*\*

Afortunadamente estos accesos de tedio son como el dolor en un codo: terrible, pero breve.

Mucho contribuyó á librarme de él el comandante, que aquella mañana, en el almuerzo, estaba en vena de charlar y con muy buen humor, aunque poco lo daba á entender su entrecejo de pequeño Hércules de cabellos rojos. Como siempre, aquel era su rato mejor. Después de examinar los cálculos astronómicos de los oficiales, de medir en su carta y de computar el camino recorrido y el que restaba por recorrer, si en las últimas veinticuatro horas había hecho una buena singladura el *Galileo* y no ocurría novedad desagradable á bordo, se sentaba á la mesa frotándose las manos, y mante-

nía animal conversación. También en estos días no dejaba de dedicar, por vía de exordio, alguna inectiva marinera contra los camareros, tanto por no perder la costumbre cuando por dar advertencias saludables. A uno de ellos, que le pedía excusa, contestóle:—*¡Vé, lárgate, impostor!*—A otro le amenazaba con darle dos bofetadas. A un tercero:—*¡Mira, sabes que si me desato en improperios!...* Y amenazaba darle de cachetes y puntapiés, particularmente á Ruy-Blas, el cual respondía con finísima sonrisa, como si dijera:—*¡Ponte como una furia, tirano! Tienes el poder, pero no el amor.*—En verdad, para una mesa á la que se sentaban señoras, tal lenguaje era un poco demasiado..... subido de color. Pero, por nuestra parte se lo perdonábamos, pensando en los muchos comandantes de otras naciones que son unos cumplidos caballeros en la mesa, y beodos furiosos en su cuarto; y que, tratando de fiar la vida á alguien, es preferible un rústico que no bebe á un caballero borracho.

\*  
\*\*

Aquella mañana, como siempre, largó un sofión á derecha y un bufido á izquierda, y

luego comenzó á comer y á hablar lentamente. Recuerdo aquella conversación, toda ella de carácter marino puro, por la cruel tortura en que puso al pobre abogado mi vecino. La señora gorda, la supuesta domadora de fieras, fué la primera que llevó la conversación por camino desagradable, preguntando al comandante, con una inoportunidad en que se transparentaba el aguardiente matutino, cuál era la causa más frecuente de los naufragios.

El comandante, con la boca atascada de pan, le contestó que se contaban cincuenta ó más maneras de naufragio: estallidos de calderas, incendios, vías de agua, huracanes, ciclones, tifones, rocas, bancos de fondo, abordajes, etcétera, etc. La mitad de los naufragios se podía afirmar, sin embargo, que procedían de ignorancia profesional, de imprevisión, de abandono, de defectos de construcción de los barcos: en suma, de causas inevitables. Un año con otro contábase al pie de seis mil naufragios entre barcos grandes y chicos; y esto sin comprender en la estadística á China, Japón y la Malasia.

El abogado á las primeras palabras se turbó é hizo como que no escuchaba; pero veíase que, contra su deseo, una malhadada curiosidad le obligaba á prestar oído. Y fué todavía peor cuando la señora, con uno de esos saltos raros que las mujeres dan en la conversación, salió

preguntando al comandante qué creía que se sentiría y se vería al bajar al fondo.—Qué se siente—respondió el comandante,—no lo sé yo. Qué se ve... Por un rato se ve algo de luz, una luz velada, lívida; luego.... se encuentra uno como en una claridad crepuscular, dicen, de un color rojo... siniestro; y luego... buenas noches: una oscuridad completa, una gran disminución de temperatura hasta *cero grados*. Se hiela uno de frío. Pero—repuso volviéndose al abogado y como para consolarlo—puede ocurrir también que no haya oscuridad absoluta, pueden presentarse accidentes de fosforescencia... poco alegres, de todas maneras.

El abogado comenzaba á dar señales de impaciencia, murmurando:—Vaya una conversación á propósito para á bordo... me marchó... valiente educación de patanes...

Entonces el viejo chileno, el genovés tuerto y el comandante comenzaron á citar y á describir naufragios célebres, cada vez más horribles, con aquella indiferencia por la muerte que suele bajar al alma por el canal alimenticio cuando uno se sienta á una buena mesa: y fueron presentándose desde la famosa balsa de la *Medusa* hasta el *Atlas*, desaparecido entre Marsella y Argel, sin que se haya tenido la menor noticia. El comandante recordó los vapores ingleses *Nautilus*, *Newton-Colville* y otro, que partie-

ron de Danzig para Ingraterra en Diciembre de 1866, y se evaporaron como tres sombras sin saberse ni dónde, ni cuándo ni cómo.

El abogado dejó de comer.

Pero el comandante siguió. Con la elocuencia que todos despliegan hablando de un hecho en el que arriesgaron su vida, se puso á describir una espantosa tempestad que le había cogido en las costas de Inglaterra, cuando mandaba todavía un barco de vela, y llegando al momento supremo, imitó con una nota de fasete y con gran exactitud, el grito largo y desesperado del timonel:—*¡Nos vamos á fooooooooooondo!*

Al oír estas palabras el abogado se puso en pie, tiró la servilleta sobre la mesa y se fué con paso precipitado masticando juramentos; gracias que no llegó ninguno dirigido al comandante, el cual no hizo alto, por fortuna, porque muchas veces le ocurría al abogado levantarse antes que los demás. ¡Pobre abogado! Apenas si había salido cuando *ex abrupto* se cambió conversación, como si hasta entonces no se hubiese hablado más que por mortificarlo. Tomó la palabra el comandante dando á la cháchara aquel colorido vario y extraño, aquel giro desordenado, que sólo emplea el comandante de un vapor trasatlántico; para quien los lugares apartadísimos en que toca y en los que vive toda su vida, están como unidos, confun-

didos, y compactos, siempre presentes á su pensamiento. De la última representación de *Fra Diavolo* en el teatro Paganini de Génova, saltó á una cuestión que había tenido el mes anterior en San Vicente de Cabo Verde, con una negra de mamas de cabra, que fabricaba flores con plumas de pájaros; enlazó no sé qué aventura doméstica del proveedor de carbón en Gibraltar con una fruslería del puerto de Río Janeiro; y de un almuerzo á que había sido invitado en las Palmas de las Canarias, se pasó á un empleado embrollón de la aduana de Montevideo. Le oía como quien oye á un hombre milagroso que viviera al mismo tiempo en tres continentes, y para quien no existiese ni el espacio ni el tiempo. Y observé que únicamente conservaba en la memoria fijas y claras las personas con quienes tenía que tratar en los puertos de los tres mundos; y en cambio las innumerables que embarcaban y desembarcaban de continuo, pasaban por su mente como por su vapor, sin dejar en él otro rastro que una pálida reminiscencia. Tenía un conocimiento *sui generis* de los diferentes países, el conocimiento que se puede adquirir mirándolos desde la puerta: conocía al dedillo, por ejemplo, los precios del mercado de legumbres, y nada absolutamente de la historia y de la forma de gobierno. Y así, por ejemplo, de las varias lenguas



no poseía sino los sustantivos y los verbos de cierta categoría, las monedas de cobre, valga la frase, de la conversación, y una sola gramática para todas. Al juzgar las cosas del mundo mostraba una cierta ingenuidad de colegial adulto que va á sociedad una vez al mes; conocimientos y opiniones fuera de juego, muy distanciadas unas de otras y de una sola faz; precisamente como las ciudades á las que él arribaba, de las cuales no veía sino el panorama marino. Su última anécdota fué sobre una pendencia que tuvo en 1868 con un tratante de granos de Odesa, resuelta, como de costumbre, con generosa distribución de mojoncitos, — de los buenos. — ¡Y cuidado que le di buena manta! — dijo. Luego cesó en su charla hablando únicamente con sus vecinas, haciendo un elogio serio y razonado de su esposa, mujer económica, amante de la casa, llena de buen sentido, que quisiera haberla encontrado y haberse casado con ella diez años antes.

Al levantarse de la mesa y salir del salón se detuvo, como tenía de costumbre cuando estaba satisfecho de sí, para ver desfilar á los pasajeros, á quienes hacía una ligera inclinación de cabeza, con aspecto de benévola gravedad. Como estaba muy inmediato á él, cogió al pasar una severa mirada que lanzó á la señora rubia, cuyo comportamiento quizá comenzaba ya á chocar

con sus rigurosos principios de moralidad marítima, y más en aquel momento, en que le duraba el calor de la apología que acababa de hacer de su mujer. La señora pasó riendo sin advertir nada; y casi al mismo tiempo me quedé atónito al verle levantar su gorrilla y hacer una genuflexión con ademán respetuoso á la señorita de Mestre, que pasaba cogida al brazo de su tía. Después que pasó, volvióse á los más cercanos diciéndoles gravemente: — « Esa muchacha... es un angel. »

Apretaba bien el calor á aquella hora, y casi todos permanecieron buen rato en el castillo á la sombra de la cortina: y, por mi parte, tuve ocasión de observar mejor que en la tarde anterior las transformaciones que se habían verificado en los últimos días en las relaciones personales de los pasajeros. ¡Una delicia! Personas que en la semana anterior habían dado pruebas de no poderse aguantar, se hallaban ahora unidas en conversación que parecía amistosa; otras, que en un principio estaban cosidas una á otra, ahora se miraban con repulsión. Una larga navegación es como una breve existencia aparte, en la cual las amistades nacen, maduran y caen con la misma rapidez con que se suceden unas á otras las estaciones en el barco, donde en tres semanas se pasa de la primavera al otoño. La certeza de separarse á la